

LOS JURISTAS EN LA ACADEMIA MEXICANA DE LA LENGUA



Fernando Serrano Migallón

COLECCIÓN **LENGUA Y MEMORIA**



Serrano Migallón, Fernando

Los juristas en la Academia Mexicana de la Lengua / Fernando Serrano Migallón . – México: Academia Mexicana de la Lengua, 2018
95 p. ; 16 x 22 cm. (Lengua y memoria)

ISBN 978-607-97973-9-3

1. Academia Mexicana de la Lengua. 2. Lengua y derecho – México – Siglos XIX y XX. I. Ser. II. t.

Dewey 340.1

La Academia Mexicana de la Lengua se reúne en sesión ordinaria los segundos y cuartos jueves de cada mes, de 17:30 a 20:00 horas. Los mismos días sesiona su Mesa Directiva, de 9:00 a 11:30 horas. Las comisiones de Consultas y de Lexicografía se reúnen semanalmente, los jueves, de 11:30 a 13:30 horas y de 10:00 a 12:00 horas (cuando no hay sesión plenaria) y de 16:00 a 17:30 horas (cuando sí la hay), respectivamente. Con igual frecuencia, de 13:30 a 15:00 horas, sesiona el Gabinete de Comunicación. El Gabinete Editorial se reúne el primer y tercer miércoles de cada mes, de 12:30 a 15:00 horas. Todas estas reuniones tienen carácter privado.

La Academia atiende al público en sus oficinas, de lunes a viernes de 10:00 a 18:00 horas; y recibe consultas lingüísticas a través de su página electrónica: www.academia.org.mx

La Biblioteca Alberto María Carreño y el Archivo Histórico prestan sus servicios previa cita.

D. R. © 2018 Academia Mexicana de la Lengua, A. C.

Iztaccíhuatl 10, colonia Florida,
Álvaro Obregón, 01030 Ciudad de México

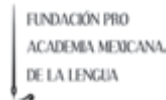
Conmutador: (+ 52 55) 5208 2526

C. e.: academia@academia.org.mx

editor@academia.org.mx

Sitio electrónico: <http://www.academia.org.mx>

La edición de esta obra se hizo con el apoyo de



ISBN: 978-607-97973-9-3

Prohibida la reproducción parcial o total por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Impreso y hecho en México

PRÓLOGO

Existe una vieja tradición en la Academia Mexicana de la Lengua por la cual, siempre, entre sus miembros debe haber al menos un abogado. En algunos momentos de su historia han convivido en su asamblea dos o tres y cuando alguno de ellos fallece, la tradición ordena sea sustituido por otro académico de su gremio. La Academia no es, como pudiera pensarse, una institución de profesionales de la lingüística, porque su objeto no es solamente el estudio formal de nuestro idioma, sino está integrada por mujeres y hombres de diversas profesiones —historiadores, publicistas, lingüistas, escritores, médicos y, desde luego, abogados— pues el acercamiento que la Academia busca hacer de su objeto de estudio es uno que esté vivo, que se aproxime a la lengua de los hablantes, de los literatos, de los profesionales y de todos quienes vamos construyendo este enorme organismo vivo que es la lengua española.

Los abogados en la Academia han prestado un servicio importante, por su formación, cercana al formalismo y al análisis riguroso, suelen ser académicos que prestan importancia a la etimología y a la gramática; sin embargo, al aproximarse a sus biografías y a sus trabajos, los encontramos en contacto directo con la literatura, con la historia y la sociología, en fin, con la vanguardia en el cambio y transformación constante del español de México.

Las siguientes páginas quieren dar cuenta de la tarea y vida de algunos de esos abogados que, a lo largo de la historia, han contribuido a que nuestro idioma se mantenga en los rangos de pureza que son necesarios para que todos podamos comprendernos, pero, sobre todo, a su transformación y cambio, para que todos podamos seguir comprendiéndonos a pesar del tiempo.

Faltan todavía muchos abogados por reseñar; a la fecha, han ingresado a la Academia, desde su fundación, en 1875, 39 abogados; muchos de los cuales son importantes en la vida cultural de México; de ellos, andando los trabajos y los días, daremos también cuenta.

F.S.M.

Invierno de 2012-2013

JAIME TORRES BODET

LA LITERATURA COMO SERVICIO

Hubo un tiempo, hace apenas algunos siglos, tiempo que hoy es apenas un parpadeo en la larga marcha de la humanidad, en el que algunos hombres podían preciarse de saberlo todo o casi todo; en el que no había fronteras y el mismo individuo podía ser pintor magistral y cocinero consumado, como Leonardo; que podía escribir textos de pasión desenfrenada y dolientes cartas de amor imposible, al tiempo que daba a la imprenta una teoría del color; los enciclopedistas, puñado de iluminados, se atrevieron a publicar, por suscripción a quien pudiera y deseara tenerlo, todo el conocimiento de su tiempo; los siglos fueron extinguiendo esa especie y trasplantaron en su sitio, como a los parques se superponen los centros comerciales o los edificios de departamentos, al hombre especializado que apenas sabe nada de todo y sabe casi todo de apenas algo. En torno a ese hombre se levanta el siglo y se honra el conocimiento. Sin embargo, entre los hombres de nuestro tiempo, aquellos con los que nos rozamos un poco en la cronología de las muertes y los nacimientos, los hubo que siguieron siendo así, literarios y administradores públicos, constructores de instituciones y conocedores de la literatura francesa, alfabetizadores y diplomáticos, hombres como Jaime Torres Bodet.

El autor de uno de los más importantes estudios en lengua española escrito sobre Balzac, decía en su poema “Civilización”:

Un hombre muere en mí siempre que, en Asia,
o en la margen de un río
de África o de América
o en el jardín de una ciudad de Europa,
una bala de hombre mata a un hombre.

Torres Bodet, poseyó una rara característica de la intelectualidad, la del compromiso convertido en obra. Podemos decir, que si al igual que sus compañeros, como miembro de *Contemporáneos*, era el sucesor literario del Ateneo de la Juventud, en cuanto a la construcción de instituciones y de políticas culturales, era uno de los mejores productos de la revolución, de los propios ateneístas en sus manifestaciones más radicales, pero, sobre todo, un magnífico hijo de su tiempo.

El que llegaría a ser uno de los más emblemáticos secretarios de Educación de México, nació en la ciudad de México en los postreros años del porfiriato; en 1902, la ciudad capital, habiendo sido la muy leal y también la de los palacios, vivía un sereno letargo casi provincial en el que se había sumido el marasmo final de la dictadura, se extendía por apenas 10.4 kilómetros cuadrados, el tranvía electrificado, novedad del arranque de siglo, corría ya del Zócalo a Santa María la Ribera, al Rastro, a Azcapotzalco y a Xochimilco; la ciudad estaba poblada por poco más de medio millón de personas y en ella creció como niño en el seno de una familia promedio que bien procuró cuidar de una inteligencia que dio tempranas señales de su brillo y alcance.

Torres Bodet vivió así una infancia sin sobresaltos mayores, de hecho, fuera del penoso episodio de la Decena Trágica, uno de los primeros alicientes para el crecimiento de la ciudad de México, fue su relativa seguridad y tranquilidad durante los años de la revolución, de hecho, para 1920, a ese medio millón de capitalinos, se habían sumado cien mil más. Ávido lector desde pequeño, a Torres Bodet le sucedió el fenómeno que tanto temía Alfonso Reyes que solía decir que “a muchos, de tanto leer, las da por escribir”. Sin lugar a dudas, la vocación literaria de Torres Bodet, es una de las más aceradas y definitivas del entorno cultural mexicano, presenta armas con *Fervor* de 1918; no sólo porque a esa joven edad, resulta más natural el empleo de la poesía, sino porque esa fue su vocación más íntima, aunque en no pocas ocasiones su prosa supera con mucho a su voz poética. Esta sería la arista definitiva de Torres Bodet, la de escritor, podríamos decir que, más bien, de literato, si entendemos por esa palabra lo que

nuestro diccionario señala en sus dos acepciones: dicho de una persona versada en literatura y también persona que la profesa o cultiva; tanto o más que un escritor, Jaime Torres Bodet, es un literato por cuanto conoce y cultiva las letras, tanto las españolas y mexicanas, como las de otras geografías, particularmente la francesa, pero también profesa la pasión de la letra, es decir, escribe por una vocación irrefrenable, que no se detiene ni mengua en los años de mayor intensidad del trabajo administrativo, ya en sus gestiones diversas como secretario de Educación, ya en sus años como secretario del rector Vasconcelos. Por ello, en su libro *Los jóvenes poetas de México*, dijo de él Villaurrutia:

Jaime Torres Bodet es un poeta formado. Su pensamiento conciso, contenido, explica que no venga a romper nuestra tradición poética; antes bien a continuarla. La seguridad de su acento, su conciencia artística, lo han afirmado personal, trabajando dentro de formas arquitectónicas y fuera de ellas.

O bien, en la *Antología de la poesía mexicana moderna*, afirmar a Jorge Cuesta:

Poesía honda, fina, de matices, moderna. Tan pronto se nutre en abstracciones como se fija de una manera directa, en las cosas. En una inquietud constante, va el pensamiento a la vida y de la vida a la técnica. Un zigzag en que el capricho tiene una mínima parte, aquella que le deja un arte profundo y verdadero.

Ávido como sincero, el joven poeta abandona sus moldes simbolistas y clásicos, en la medida que se va dando a la lectura de la *Revista de Occidente* y de la *Nouvelle Revue Française*; su lenguaje se va domando e integrando a su tiempo en la medida que va conociendo a escritores señeros de su tiempo y del entonces pasado reciente, sincero pues, porque nunca dejó de reconocer sus influencias y sus retos: Gide, Proust, Joyce Machado, Dostoievsky, Cocteau, Giradoux, James, Soupault, Lacroix y Morand, esto es ingleses y rusos, pero sobre todo, muchos más franceses, muchos más que lo harían siempre declararse enamorado perdido de la dulce Francia. A ella, como a su propia patria, dedicó sus mejores páginas.

Disciplinado y laborioso, de 1922 a 1925, publicó nada menos que siete libros de poesía, de cuyas mejores piezas forma, en 1926, un volumen *Poesías*.

La prosa irrumpe en su pensamiento y expresión como símbolo de la agitación de su espíritu y da a la luz su primera narración en 1927, *Margarita de Niebla*, paso previo a sus ensayos publicados en *Contemporáneos*, en 1928. Hay pues toda una línea de tensión y maduración que llevan del joven poeta al director general de la UNESCO, que es siempre la misma persona en diversas manifestaciones, pero de la que se puede seguir una constancia en el pensamiento y una coherencia en la acción.

Si su vocación cultural y literaria carece de fisuras, al igual que su vocación de servidor público, su carrera académica no presenta el mismo escenario, para llegar a la Escuela de Altos Estudios, hoy Facultad de Filosofía y Letras, Torres Bodet tuvo que pasar primero por la Escuela Normal y la Preparatoria, y por la Nacional de Jurisprudencia; esta sucesión de instituciones, lejos de procurarle confusión, fueron la fuente de una visión enciclopédica del mundo que, luego quedaría de manifiesto, hicieron de él un raro modelo de funcionario, que en el imaginario colectivo sigue siendo la imagen del servidor público ideal, educado, conocedor, culto, pero también activo, decidido y, sobre todo, inteligente.

Una rápida sucesión de cargos lo llevaron de la Secretaría de la Rectoría de la Universidad Nacional, en 1921, pasando por la Dirección General de Bibliotecas en 1922, hasta los cargos de secretario de Educación Pública en dos ocasiones, a la dirección general de la UNESCO y a la Secretaría de Relaciones Exteriores.

Como parte de su formación y por simple curiosidad de ver mundo y acercarse, por fin, a su fuente francesa, Torres Bodet ingresará, mediante examen, al Servicio Exterior Mexicano, para cumplir en esa rama del servicio público, primero asignado a Madrid y a París, en los años de efervescencia cultural, lo que significó para el entonces joven diplomático, un remate para la construcción de su personalidad intelectual y su visión del mundo; luego, en La Haya, para volver a nuestro continente por un breve periodo bonaerense y, luego, presenciar el estallido de la Segunda Guerra Mundial, en la embajada de México en Bruselas. Repatriado en 1940, sirvió como subsecretario de Relaciones Exteriores hasta 1943 y, luego, como canciller, entre 1946 y 1948, para partir de nuevo a su otra ciudad, París, ya como director general de la UNESCO, en 1948; volverá a México en 1952 para regresar, por última vez, como un parisino honorario en el cargo de embajador de México en Francia, entre 1954 y 1958. La carrera diplomática de Torres Bodet está marcada por el final de la guerra y por el difícil tiempo en que se sentaron las bases de la larga Guerra Fría; a ella, se refirió

siempre con cierto temor casi atávico, por cuanto representaba una división artificial y un freno a las sanas corrientes de la cultura, la educación y el pensamiento, volviendo enemigos a culturas complementarias y porque establecía diques y fronteras a lo que naturalmente debe fluir entre los pueblos como parte de su segura subsistencia. En suma, una reivindicación de la libertad de pensar y de decir, como afirmaba:

Es cierto: los postulados totalitarios que guiaron a los falsos educadores del despotismo, produjeron un daño intenso en la tierra entera. Mas ¿hubiese sido posible implantar y desarrollar esa instrucción para el odio y para la muerte si, en la totalidad de los otros pueblos, hubiese habido un entusiasmo cordial por la democracia, un amor activo por la cultura y, para decirlo cruel pero brevemente, un concepto eficaz de la educación?

En Torres Bodet, la diplomacia representa la oportunidad de servir a la manifestación exterior del sentido revolucionario del gobierno mexicano, pero también como un diálogo personal entre su profunda mexicanidad y su vocación universalista, entre su regionalismo, impreso en aquella ciudad de México poética y serena y su formación cosmopolita, abierta a todas las culturas, a las lenguas y a las expresiones del espíritu. Puede decirse que Torres Bodet abraza la diplomacia como una función de su necesidad de conocer y de vivir, de su enorme curiosidad y su gran capacidad de diálogo; si en México aparecerá como constructor, en Europa, particularmente desde la UNESCO, como reconstructor de una cultura que admiraba y de la que se sentía parte y a la que había visto profundamente agraviada por el fascismo y la destrucción. El hecho de que hoy asimilemos las misiones culturales con las de paz es obra de Torres Bodet, que siempre consideró al saber una forma superior de entendimiento entre los pueblos. Como lo puso de manifiesto en una de sus alocuciones desde la UNESCO:

Acontece, no obstante, que el mundo aguarda algo más que un arreglo de límites y de zonas de influencia; algo más que una red de convenios para la explotación y el comercio de productos; algo más que un sistema de transitoria seguridad. Y eso que el mundo aguarda es un nuevo trato entre las naciones y entre los hombres; un nuevo modo de apreciar los valores de la conducta; un nuevo significado de la alegría, del trabajo, de la esperanza; una nueva meta que proponer al esfuerzo de todos juntos.

Pero si queremos salir al encuentro de la obra de Torres Bodet, en su sentido material y público, debemos centrar nuestra atención en sus dos gestiones al frente de la Secretaría de Educación Pública; la primera entre 1943 y 1946 y la segunda entre 1956 y 1964, que son en realidad dos capítulos de una sola misión educativa.

En ambos casos, el México al que Torres Bodet decidió servir era diferente; en la primera ocasión revivió la histórica campaña de alfabetización vasconceliana, pero la dotó de mejores elementos, de mayor amplitud y de más largo alcance, puede decirse que México abandona el analfabetismo bajo la gestión de Torres Bodet y que, en su empeño, la letra y la lengua española, alcanzaron lugares y metas que en ninguna otra época de expansión de la lengua fueron posibles. Aquella primera gestión representaba cumplir los anhelos revolucionarios, demostrar a los mexicanos, ante sus ojos y ante los del mundo, que la Revolución mexicana, luego de la larguísima batalla, era también construcción y que éramos capaces de darnos un sistema educativo de alta calidad, pero sobre todo, basado en tres principios constitucionales, la laicidad, el humanismo y el sentido científico; para lograrlo transformó la Escuela Normal para convertirla en la moderna Escuela Normal para Maestros, bajo la inspiración de su antecesora francesa y también la Escuela Normal Superior. Torres Bodet se dedicó entonces a reconstruir y renovar lo que el fragor de las batallas había destruido con la lógica inclemente de la violencia, construyó el Conservatorio Nacional de la ciudad de México y apoyó, como un legado del cardenismo en el que nació el Instituto Politécnico Nacional, la Unidad Profesional de Zacatenco del IPN, como un espacio dedicado a la ciencia y la tecnología del que nuestro país hasta entonces carecía. Esa primera etapa tiene mucho de cruzada y de conquista, de ampliación de horizontes y creación de infraestructura, el hecho es que muchos de sus proyectos madurados y construidos en ese tiempo son ahora no sólo pilares consolidados de nuestra cultura, sino imágenes epónimas de la manera en que los mexicanos aprendimos a hacer y difundir cultura.

Su segundo periodo resulta menos abocado a las funciones básicas y se aproxima más a las estructurales, es el momento de su grandes obras, de las que todavía nos beneficiamos y de las que aún nos sentimos orgullosos; por un lado, reorganizó la educación primaria y programó 11 años de esfuerzos para crear un sistema de educación básica que sigue siendo, todavía hoy, uno de los que más riqueza aportaron a nuestra cultura; cuando en nuestro imaginario colectivo pensamos en una etapa dorada de la educación básica, sin saberlo a veces, nos

referimos al plan educativo de Torres Bodet; es también su tiempo el de la creación de la Comisión Nacional de Libros de Texto Gratuitos, que ha constituido por décadas no sólo el orgullo de nuestro sistema educativo, sino también el más claro ejemplo de la democratización de la cultura y del alcance del libro como instrumento de civilización y de unidad entre los miembros de una sociedad.

La bonanza económica, en manos de un visionario como Torres Bodet, constituirían una combinación excelente y de ahí sus dos grandes obras materiales que se construyen como parte fundamental de nuestra experiencia y nuestro legado culturales, la creación de los dos grandes museos de la ciudad de México: el de Antropología e Historia y el de Arte Moderno. Si se había propuesto que nuestro país contara con las instituciones más importantes para una vida cultural extensiva y apropiada, con este esfuerzo logró, sin duda, sus objetivos. Hoy todos percibimos una crisis en nuestro sistema educativo, estamos ciertos de sus deficiencias y los parámetros internacionales no hacen sino aumentar nuestra preocupación en el tema, bien valdría la pena volver la mirada al espíritu que animó la reforma educativa emprendida por Torres Bodet, para encontrar, en suma, la unidad entre el conocimiento científico, laico y riguroso, y al mismo tiempo, humanista, profundamente mexicano, pero también abierto al mundo. De ahí que, en uno de sus discursos comentara:

Proclamamos que en nuestro país la educación ha de tratar de enseñarnos principalmente a valorar nuestra propia alma, a estimar la eficacia de sus virtudes y a reconocer el lastre de sus efectos, asimilando las calidades aprovechables, coordinando las diferencias irreductibles; civilizando, en una palabra, a los grupos que el aislamiento y el abandono han dejado a la zaga del progreso de las ciudades; dando a los centros urbanos interés por las poblaciones del interior; inculcando en unos y en otras, el amor de lo autóctono, de lo nuestro y al mismo tiempo, despertando en todos una vocación multiforme: la de la vida. Sólo en un pueblo consciente del abismo que media entre la ciencia de vivir y la paciencia del vegetar, podrán florecer con vigor las manifestaciones más altas de la cultura.

Cada época de su vida pública corresponde con un tono diferente de su actividad creativa; por un lado, los años diplomáticos de la preguerra corresponden con la evolución de su voz poética y con el arranque de su actividad ensayística y narrativa; sus años de diplomático en la Guerra Fría están caracterizados por

una poesía más comprometida, que sin dejar de ser íntima se adentra en los misterios de la destrucción y la violencia, y en el significado y poder de la sobrevivencia y la capacidad creativa; los años en México corresponden más a su tarea crítica y a sus piezas oratorias, que constituyen —cuando se les aprecia de cerca— auténticos ensayos sobre la misión educativa y el lugar de México en el mundo. Por último, sus años de madurez, los que abarcan desde su retiro de la vida política en 1964 y su muerte en 1974, están marcados por una madurez crítica de grandes proporciones, de consolidación de su obra, que reúne, revista y edita y, al mismo tiempo, el de creación de tres ensayos de gran calado sobre los autores principales de su formación y vida lectora: Balzac, Proust y Dostoievsky. Por otra parte, aunque narrador y ensayista bien dotado, la corriente poética irriga toda su obra desde el principio hasta el final y se constituirá como un ejercicio de vocación íntima y como una forma de ser, estar y ver el mundo.

En sus últimos años, Torres Bodet experimentó el reconocimiento de su sociedad y de la inteligencia de nuestro país; ingresó a la Academia Mexicana de la Lengua, se integró al Colegio Nacional y le fue conferido el Premio Nacional de Ciencias y Artes y la Medalla Belisario Domínguez del Senado de la República; pero al mismo tiempo, experimentó el dolor y la enfermedad que sufrió con entereza, con la misma con la que decidió enfrentar su derrota frente a la pérdida de facultades y la inútil batalla contra el dolor; su suicidio es parte del imaginario colectivo de nuestra cultura, criticado por algunos y comprendido por muchos, responde a la cuestión planteada por John Ruskin, quien afirmaba que el único problema filosófico y estético verdadero era el suicidio. Si se piensa con cuidado, si se examinan los hechos, Torres Bodet no alza el arma contra sí mismo en un raptó de locura o en un arrebato de desesperación frente al cáncer que lo corroía, sino de experimentar un acto de coherencia, terminando con una vida que él mismo se preció de gobernar y llevar a buen puerto, no permitiendo que el dolor ni la enfermedad terminaran con esa existencia en el mundo que fue, ante todo grata y riquísima en su legado.

Jaime Torres Bodet es una figura de curiosa evocación, se le recuerda más como director de la UNESCO y como secretario de Educación, que como cualquier otra manifestación de su vida; sin quererlo, así lo hizo él mismo. Borges decía que era inútil preocuparse por la eternidad, porque no depende de nosotros, sino de quienes habrán de recordarnos; pero Torres Bodet se labró su paso histórico creando un sistema de educación admirable, legando espacios de arte, cultura y reflexión que se convirtieron en elementos fundamentales de nuestra

vida cultural; legó una obra de grandes dimensiones en la que lo mismo figura el poema casi infantil y desbordado en su pasión de vivir, que el discurso oficial elevado a nivel de arte por su prosa, como por su contenido que iba mucho más allá de lo que se exigía y podría pensarse de un político más dedicado al juego del poder y a las alianzas coyunturales; pero, sin duda, su mayor legado fue demostrarnos a los mexicanos que disponemos de la capacidad y el talento para crear instituciones de alta cultura, que podemos enfrentar los temas acuciantes de la sociedad, desde el argumento y la educación y que se puede, en cualquier momento de la historia, contribuir al cambio y crear el desarrollo, a través del amor por la cultura y el compromiso con sus mejores manifestaciones.

CONTENIDO

<i>Prólogo</i>	5
Vicente Riva Palacio. <i>El humanista armado</i>	7
Justo Sierra. <i>La justicia como pedagogía</i>	15
Isidro Fabela. <i>La cultura de la justicia</i>	33
Alfonso Reyes. <i>La pluma y la balanza</i>	51
Jaime Torres Bodet. <i>La literatura como servicio</i>	71
Alfonso Noriega Cantú. <i>La justicia de la bonhomía</i>	81